

DISCURSO DE CECILIA ORTIZ DE ZARATE

Queridos amigos:

Muchas gracias a todos por escucharme. Vaya en descargo de mi atrevimiento la circunstancia de que voy a ser muy breve y el hecho de que obedezco una orden.

Eso sí, una orden que me honra porque su cumplimiento implica un pequeñísimo servicio a todos vosotros en Jesucristo.

Confieso sinceramente que me gustaría tener en este momento vuestros conocimientos para que este servicio fuera muy grande y quien me lo encomendó se encontrara plenamente satisfecho de su decisión.

Pero... vamos allá. Y precisamente con unas palabras de San Pío X que, gracias a «Verbo», todos nosotros tenemos siempre muy presentes; dicen así: «... hay que recordarlo enérgicamente en estos tiempos de anarquía social e intelectual en que cada individuo se convierte en doctor y legislador; no se edificará la ciudad de un modo distinto a como Dios la ha edificado; ... no, la civilización no está por inventar, ni la nueva ciudad por construir en las nubes. Ha existido, existe, es la civilización cristiana, es la ciudad católica. No se trata más que de instaurarla y restaurarla sin cesar sobre sus fundamentos naturales y divinos, contra los ataques siempre nuevos de la utopía malsana de la revolución y de la impiedad: «omnia instaurare in Christo».

Y ¿a qué se refiere el Papa al hablar de esta restauración incesante? Veamos: yo pienso que en la acción de Speiro encontramos cumplida y ajustada respuesta a esa pregunta. Concretamente en la doctrina, estilo y acción de ese grupo de hombres de Speiro, que «sin constituir asociación alguna se encuentran fuertemente vinculados por las ideas y sentimientos», como ha escrito recientemente ese amigo de la Ciudad Católica, el padre Jesús González Quevedo al celebrar sus bodas de oro con la Compañía de Jesús, y a quien desde aquí deseo enviar mi cordialísima enhorabuena a la que estoy segura os unís todos.

Pues bien, es esa labor de instauración y restauración de la que nos habla San Pío X, y que es la que marca la pauta a los hombres de Speiro en su hacer cotidiano, la que nosotros, los jóvenes, estamos llamados a continuar. Sigamos los pasos de nuestros maestros, porque ellos están en el camino de la verdad.

A este respecto yo me atrevo a oponer aquí, por juzgarlos conceptos antagónicos, a la Revolución permanente del enemigo, la instauración y restauración incesante de la Ciudad Católica. Este debe de ser nuestro lema.

A la Revolución permanente, como obra diabólica, le acompañan en su dialéctica los virus de la falacia, del nihilismo y de la utopía.

Concepto estúpido y contradictorio, y como tal sólo capaz de carta de ciudadanía en una sociedad lastrada por el pecado original.

La teoría de la Revolución permanente se destruye a sí misma, no tiene finalidad... ¿qué meta persigue? ...tiene un fin? Si es así, cae por su propia base al dejar su categoría permanente.

Es la obra del demonio, ese gran retrógrado, en su empecinada oposición a Dios. Como decía Pío XI en su encíclica Divini Redemptoris: «Por primera vez en la historia asistimos a una lucha friamente calculada y cuidadosamente preparada contra todo lo que es divino».

Nos encontramos ante una lucha y en ella estamos empeñados, pero afirmamos con Marcel Clément que nosotros los hombres, más que un adversario, somos aquello que se ventila en el juego. La auténtica lucha es

FRENTE A DIOS. «La lucha que desgarrar a la humanidad expresa más que nunca el inteligente odio de la antigua serpiente contra el Dios del amor, Creador y Redentor».

Y es frente a esa obra destructora y maligna a la que nosotros oponemos, repito, la restauración incesante de la Ciudad Católica.

Detengámonos a analizar el significado del vocablo «restaurar»: del latín restaurare: recuperar o recobrar. Reparar, renovar o volver a poner una cosa en aquel estado o estimación que antes tenía.

¡Qué grande programa de acción nos descubre esta simple cita del diccionario si nos resolvemos a aplicar la definición a nuestro trabajo por la ciudad católica, hasta sus últimas consecuencias!

Debemos, en efecto, recuperar la civilización cristiana, debemos recobrarla tal como los Cruzados recobraron el Santo Sepulcro, debemos volverla a su ser para lo que fue creada. Debemos defenderla de los ataques del maligno. Y como diría Pío XII «es todo un mundo que hay que rebacer desde sus fundamentos, y de salvaje hacerlo humano, y de humano hacerlo divino, o sea, el Corazón de Dios. Millones de hombres reclaman una nueva orientación y vuelven sus miradas hacia semejante empresa, en el respeto de la libertad humana».

Hemos de reparar, sí, sin descanso, incesantemente como los tripulantes de un barco a lo largo de una larga singladura, los efectos de la constante corrosión a que es sometida la Barca de Pedro; desde el puente a las sentinas; raspar los óxidos de la herejía que acaban perforando las planchas más templadas, cubrir el acero con el poderoso minio de la Sagrada Tradición y pintar la nave, nuestra ciudad peregrina, con los resplandores brillantes de la Buena Nueva, siempre buena, siempre nueva, tal es nuestra misión permanente.

¿Os habéis fijado con detenimiento en toda la grandeza que supone el ser obrero de Dios en el mantenimiento del orden por El instaurado?

¿Puede haber a un joven más elevado destino?

¡Qué gran responsabilidad! y ¡qué bien ha sabido aceptarla Speiro! Que su ejemplo nos sirva de guía a nosotros los jóvenes; que sepamos recoger la antorcha que nos transmite; y, lo que es más importante aún, sepamos mantenerla encendida. Y, así, frente a la revolución permanente del destructor levantaremos siempre nuestro estandarte con el «omnia instaurare in Christo».

En el próximo número de *Verbo* publicaremos el discurso del profesor Sebastián Mariné Bigorra.